

Día de las risas

20 de Agosto de 2005

Nuestro primer “día de las risas”, y el reloj ya marcaba las diez aquella noche de sábado en la que a buen seguro todos queríamos llegar a casa y descansar. Bueno, todos menos quien lejos de comprender el significado del “día de las risas”, comprendía muy bien el de “consulta” (gratuita, para ser más exactos).

Sin embargo, algo que en algún momento dado debimos pensar todos fue cómo sería un año después, si los que estábamos permaneceríamos y si seríamos más de los que estábamos. Y sobre todo, si Rayo de Luz repetiría la “actividad”, a pesar de la considerable falta de respeto hacia Margarita, llevada a cabo por varias personas en su día de descanso.

A veces hay que inmortalizar ciertas cosas sobre el papel para que no se olviden, y a veces lamentablemente hay que repetirlas porque parece que una vez no sirve de mucho, cuando no de nada.

En ocasiones el tiempo pasa lento y pesadoso, y en otras veloz y distante. Así, un año había pasado, para descubrir que los que estuvimos estábamos, no sin alguna “baja circunstancial” (Alfonso, sigue sin servir eso de enviar un cuerpo a esconderse tras los matorrales...) Por desgracia también hubo alguna baja debida a una mala decisión de esas que afectan a inocentes... (Gabriel, te echamos mucho de menos... nosotros que llevábamos semanas pensando qué balón de fútbol llevarnos... Y añadiré que por si aún queda duda, tampoco se debe esconder a un niño tras los matorrales).

Además estaban los que no estuvieron la primera vez, y quizá con un poco de “suerte”, encontraron entre las risas la ayuda que necesitaban para hacer germinar en el interior su semilla de luz y permitirle crecer.

Un año de nuestras vidas, y de nuevo a más de las diez esperábamos cansados y felices, al tiempo que en cierta forma lamentábamos tener que marcharnos... y es

que cuando se está verdaderamente en familia cuesta pronunciar palabras de despedida, aunque sean un “hasta luego”, o “hasta dentro de un ratito”.

Así que allí, un año más tarde, mientras las estrellas bailaban en el cielo y los incrédulos veían aviones inexistentes; allí, mientras comprendía que cada uno ve lo que quiere ver en la medida en que está dispuesto a aceptarlo; allí, mirando el firmamento en un silencio interrumpido, recordé...

He de decir que no es fácil rememorar un año caminando en busca de esa estrella perdida en lo más recóndito del interior, esa estrella que quiere bailar cada día de nuestra existencia terrenal mientras nosotros pasamos la mayor parte de dicha existencia empeñados en acallarla, convertirla en un avión sin importancia.

Y es que ya dijo un poeta aquello de: “caminante no hay camino, se hace camino al andar”.

Sin embargo, recordé ese año haciendo camino, año de tropiezos y caídas, de laberintos enrevesados, de callejuelas prohibidas... Un año haciendo camino en busca de algún lugar perdido entre la luz y la sombra, alguna parte entre el alma y el ego... esa parte llamada “equilibrio” que tendemos a desequilibrar. Esa parte donde el alma desenfunda su espada para mantener al ego justo en ese lugar donde todo se desvanece y se convierte en nada... justo al borde del camino.

Puede que después de los talleres de simbología haya quien ya no vea a las arañas de la misma forma, pero no sé si eso hubiera servido de mucho para aplacar la crisis nerviosa que tuvo Dulce cuando descubrió que desde nuestro pequeño “campamento” hasta los coches predominaba la presencia de estos seres (al menos no hubo que vivir lo que vivió Frodo en la cueva... porque creo que eso sí sería motivo más que justificado de crisis, simbolicen lo que simbolicen).

Pero bueno, las fobias son las fobias, y una de nuestras metas es superarlas... claro que caminar sobre esa misma fobia (literalmente) es normal que produzca mucha más fobia aún... ¿o será “terapia de choque”?

Hay días en que te planteas si realmente merece la pena hacer lo que haces, si realmente estás en el sitio donde debes estar o de nuevo te equivocas, si realmente sigues tu camino o te has vuelto a perder en algún desvío sin sentido de esos que no llevan a ninguna parte salvo quizá a la autodestrucción.

Hay días en que todo pierde el sentido que parecía haber adquirido, días en que nada importa y todo importa, días en que eres tú y no lo eres, porque te has quedado estancada en algún lugar del océano de las dudas. Y en esos días da igual que estuvieras donde te corresponde, porque la autodestrucción parece llegar de todas formas.

No hay un día completo en el campo si no incluye merienda, o en este caso más bien merienda-cena.

Así que como eso era algo que todos sabíamos, hay que reconocer que desde luego provisiones había. Algunos abastecieron el “campamento” más que otros, claro... Dejando eso al margen, lo importante era compartir.

Pero antes de la merienda-cena estaba la merienda, que también podría considerarse el postre de la comida. Ni qué decir tiene que una de las cosas más ricas fue ese postre-merienda... la tarta a la que nos invitó Margarita. Y es que, para los que no lo supieran, otra de las cosas que tuvimos la suerte de compartir aquel día fue su cumpleaños, poder estar con ella en un día tan especial.

Eso sí, no penséis que tras la comida llegó la tarta y tras la tarta llegó la merienda-cena... que tragones somos, pero no tanto... así que entre medias lo que hubo fue una desbandada general. Y digo desbandada ya que de repente todo el mundo desapareció sin saber muy bien cómo; los pocos que se quedaron sentados aún

deben estar preguntándose qué pasó... o a lo mejor no porque estaban más ocupados en que no les mojaran demasiado. Porque un día de las risas sin guerra de agua no sería lo mismo, y a pesar del frío, ganas no faltaron... sobre todo a una persona en concreto, que fue coger una pistola de agua y transformarse. Azucena, si pensabas que no iba a dejar constancia de tu ataque acuático de locura, estabas equivocada... más que nada porque ¡me empapaste! (Claro que mejor me callo puesto que si terminé dando yo un paseo fue precisamente para atacar por la retaguardia y empaparla a ella también).

Si de algo me arrepentí respecto al primer día de las risas, fue de no haber sabido aprovechar al máximo esa oportunidad de descargar mucha de la negatividad que tenía acumulada, aprovechando como medio un juego tan sencillo como el correr pistola de agua en mano tras alguien.

Una de las cosas que más cuesta en esta vida es aceptar los errores, sumado a aprender de ellos. Y seguramente otra de las cosas que más cuesta es limpiar todo aquello que no sea de luz y se haya creado con una persona, dejar a un lado los egos para poder ser luz y mantener así mismo una relación desde la luz.

Así que mientras corría tras Azucena recapacité sobre esto, y comprendí que de la misma manera en que no había sabido hacerlo antes, no estaba sabiendo hacerlo ahora. Y como hay oportunidades en la vida que sólo pasan una vez, este año ni siquiera pude plantear la posibilidad de aprovechar las pistolas de agua para descargar, porque la persona en cuestión no estaba, y si es que estaba, debía ser más bien escondida con Alfonso tras los matorrales, aunque con causa justificada.

De la comida poco puedo decir que no sean palabras de halago, porque estaba todo como siempre, estupendo. Eso sí, no me voy a quedar con las ganas de comentar una cosa sobre el pollo que trajo Margarita... ¡qué bueno! Y en este caso hablo por mí, y por otros dos seres muy especiales que compartieron también este día

con nosotros y que compartieron igualmente algún trocito de ese pollo... Aizar y Aldar. Vamos que si se llegan a despistar y nos dejan a los tres solos, ni lo prueban los demás.

Y anterior a la comida poco os puedo contar, salvo que este año no hubo que cruzar un río para llegar al lugar donde pasamos el día, más bien el río quedaba al lado y sólo lo cruzaron quienes dieron un paseo o investigaron la zona. Por lo demás, sillas en mano, mochilas, bolsas, etc. no tardamos en encontrar el lugar donde “aposentarnos”. Bueno, eso y que (ahora que nadie me oye, o mejor dicho me lee), Javier y yo nos tomamos un desayuno monumental antes de llegar a Navacerrada... donde mientras el resto desayunaba, yo acosaba a Margarita en el baño para felicitarla... (y como ni me oyen ni me leen, de igual forma miraré para otro lado ahora que nadie me ve).

Será cuestión de recordar que “Al andar se hace camino, y al volver la vista atrás, se ve el sendero que nunca se ha de volver a pisar”.

Sigamos caminando... Y ya haremos recuento de nuestros pasos el año que viene entre risas y emociones acuáticas...

Almudena Paz